

—Y yo, repitieron todos, levantando las manos al aire.

—Pues estamos conformes, compañeros. El que venga á pagar, si no me encuentra aquí, que deje el dinero en poder de María, que ella me lo entregará, dijo el Sabueso.

—¡Bien por los ciento cincuenta y cinco padres! exclamó la tía Morella, presentándose en el patio.

—¡Viva la tía Morella! gritó Figurín.

—¡Viva! repitieron todos los traperos.

—¡Silencio, facciosos! dijo la tía Morella. ¿Por qué es esta algazara?

—Porque es Vd. muy buena madre, respondió uno de los traperos.

—Es decir, porque me presto á soltar los cuartos... Esos ocho mil reales que Bernardo habrá ofrecido en mi nombre, son mis economías de treinta años; pero se trata de nuestra Margarita y por ella daría yo hasta la existencia.

—¡Viva, viva la tía Morella! gritaron de nuevo los traperos, y á poco abandonaron el bodegon de María, resueltos todos á contribuir para la adquisicion de la tienda que el Sabueso habia comprado á Margarita.

El retrato y el original.

### El retrato y el original.

El patio del bodegon quedó absolutamente desierto. La tía Morella y Bernardo se trasladaron á una de las habitaciones interiores, para continuar hablando del acontecimiento del día que acababa de espirar.

Los puestos del Rastro habian desaparecido como por encanto.

La Rivera de Curtidores, débilmente iluminada por algunos faroles del alumbrado público, estaba ahora tan silenciosa y triste, como bulliciosa y alegre se encuentra en las primeras horas de la mañana.

El Sabueso y la tía Morella conversaban solos, mientras María, en el despacho de su bodegon, se dedicaba al servicio de los pocos parroquianos que aquella noche la favorecian con su asistencia.

El Sabueso, despues de la escena que hemos presenciado, habia caído en un abatimiento profundo.

El cansancio por una parte y por otra la reaccion que se estaba verificando en su espíritu, aniquilaban completamente sus fuerzas, harto debilitadas ya por el padecimiento que acababa de sufrir.

A la febril actividad que habia desplegado aquel dia; al esfuerzo sobrehumano que habia hecho para vencerse á sí mismo y presentarse en las calles á plena luz del sol, sucedia ahora una postracion sin limites, una desconfianza, un temor, que paralizaban todas sus facultades.

La tia Morella espiaba atentamente la situacion de su ahijado, y mas de una vez sorprendió sus miradas tenazmente fijadas en la puerta de la sala, como si recelase que en ella se podia presentar quien le causaba su secreto pavor.

—Por fin triunfaste, dijo la tia Morella procurando distraer al Sabueso.

—Sí; gracias á Vd., madrina, que de otro modo...

—Pero, ¿por qué miras tanto hacia la puerta?

—¡Yo!... por nada.

Y Bernardo, como si quisiera demostrar que era infundada la observacion de la tia Morella, cambió de asiento y trató de dar á sus ideas otro rumbo; pero este nuevo esfuerzo fué inútil, involuntariamente sus ojos continuaban fijándose en el mismo sitio.

—Mucho te debe Margarita, continuó la veterana. Has hecho por ella lo que no te has atrevido á hacer desde que te traje de Sevilla.

—Ni yo mismo sé lo que he hecho.

—Salir de día á la calle, es una hazaña!

—Conozco que fué un arrebato, estaba fuera de mí.

—Y ya lo ves, nadie te ha comido, imbécil.

—Cuando me encontré en la calle á las diez de la mañana, confieso á Vd. que tuve miedo, y para cobrar ánimo apelé al recurso de aquella horrible noche de Sevilla.

—¿Bebiste?...

—Sí, bebí aguardiente hasta trastornarme, y esto me dió valor. ¡Ah! pero ahora... he bebido para hacer una accion buena.

—Todo es empezar. Ya has visto el sol una vez, y al cabo te irás acostumbrando.

—No, no, madrina... ¡Si Vd. supiera!... He creído volverme loco...

Y Bernardo, al hablar así, temblaba convulsivamente.

—Vamos, tranquilízate y dime qué te ha pasado.

El Sabueso registró con los ojos la habitacion, como para cerciarse de que estaba solo con la tia Morella, y despues, bajando la voz cuanto pudo, dijo:

—¡La he visto!

—¿A quién?

—¡A ella!... ¡A la muerta!... ¡A la ahogada!

El Sabueso, al pronunciar estas palabras, se estremecia de terror.

—¡Quieres callarte! dijo en tono de burla la tia Morella.

—La he visto, afirmó Bernardo; cuando cruzaba por la Puerta del Sol, para ir á la calle del Carmen...

—Si, allí estaria sentada en la fuente.

CABALLA ALEONSINA

—No; no se burle usted, madrina; iba en un lujoso coche, y tan deprisa, que al gritar yo «¡es ella!» medio me desmayé, estuve á punto de caerme, y cuando volví á abrir los ojos ya no ví nada.

—Vaya, vaya; ó tú ves visiones ó el aguardiente te ha hecho soñar. Conque déjame de cuentos y hablemos de Margarita.

—¡Chist! Calle usted, siento pasos...

La veterana miró hácia la puerta, á donde estaban fijos los desencajados ojos del Sabueso.

María entró en la habitacion.

—¿Qué buscas? le preguntó la tia Morella.

—Yo, nada, contestó María; el que busca es un guindilla que está en el despacho esperando al Sr. Sabueso para llevarlo á casa del inspector de policia...

—¡A mí!... exclamó el Sabueso estremeciéndose de terror.

—¡Bah! esta muchacha se ha equivocado. ¿Qué tienes tú que ver con guindillas ni inspectores?...

—No, no, tia Morella, afirmó María; yo no me equivoco; el guindilla ha preguntado por un traperero que se llama el Sr. Bernardo, y que le conocen por el mote del Sabueso.

—¿Y tú qué has dicho? preguntó la tia Morella.

—Que estaba aquí. Como su ahijado de usted no me ha prevenido...

El Sabueso se habia puesto pálido, tembloroso y no acertaba á moverse.

—¡Estoy perdido!... murmuraba para sí.

—¿Por qué tiembblas? le preguntó la tia Morella:

¡Pareces un chiquillo!... Deja, deja, que yo iré á saber para qué te buscan.

—No, madrina, no se comprometa Vd. por mí, dijo el Sabueso saliendo de su estupor y conteniendo á la tia Morella. Despues añadió con la energia del hombre que toma una resolucion suprema: María, corre; tráeme un vaso grande de aguardiente...

María desapareció, y volvió á poco con la bebida encargada por el Sabueso.

Este mientras tanto murmuraba:

—¡Razon tenia yo para temer que me diese el sol!... ¡Me han cogido!... ¡Me han cogido!...

María le presentó el aguardiente, y el Sabueso lo bebió con la ansiedad del que sufre una sed devoradora.

La tia Morella observó:

—¡Cuidado con lo que haces!... ¡Bernardo, que te vas á emborrachar!...

—No, no; esto me infunde valor, madrina.

Apuró el vaso y se puso de pié.

—Un abrazo, dijo acercándose á la tia Morella.

—¡Pues ni que fueras á morirte! exclamó la veterana, aunque en realidad no estaba más tranquila que su ahijado. Vaya, anda listo y vuelve pronto, que aquí te espero.

Bernardo abrazó á la tia Morella, y cogiendo de la mano á María, la separó de la veterana y la dijo al oido:

—Procura que no se mueva de aquí mi madrina.

Y con paso no muy firme salió de la habitacion.

—Ese majadero va á hacer alguna tontería, dijo la tía Morella viéndole marchar: volvióse luego á María y le preguntó: ¿qué te ha dicho?

—Que no la deje á Vd. salir.

—Ya me lo figuraba, repuso la tía Morella disponiéndose á seguir á Bernardo.

—No salga Vd., señora, dijo María, que la cosa no vale la pena.... Apuesto á que yo sé por qué buscan á su ahijado.

—¡Tú!....

—Yo. Sí, señora; y vaya que no es para que el hombre tenga tanto miedo. Juraría que se trata de una mujer.

—¿Quién te ha dicho eso? interrogó la tía Morella con ansiedad.

—Un caballero que estuvo aquí esta mañana: dijo que se llamaba el Sr. Ferreira, y que quería ver al Sabueso. Yo le contesté que á aquella hora no solía venir al bodegón. Entonces me preguntó las señas de su casa; se las dije, y el caballero las escribió en una cartera, encargándome que cuando viniera por aquí le dijese que deseaba verlo, y que vivía en la calle del Arenal, número 12, cuarto principal.

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—Cuando el caballero se marchó, advertí que había en el suelo una tarjeta con el retrato de una mujer; sin duda al buen señor se le había caído de la cartera. Sali en su busca para devolvérselo, pero la calle estaba llena de gente y no le pude encontrar. Ahora, al ver al guindilla, he pensado que vendrá de parte

de aquel señor con encargo de recoger el retrato...

—¿Y tú lo tienes?

—Mírelo Vd.

María presentó á la tía Morella una tarjeta con el retrato en miniatura de una mujer bellísima.

Al ver aquella imágen, los ojos de la veterana chispearon bajo sus pobladas cejas. Se apoderó del retrato y dijo á María:

—Bien está; salte ahí fuera, entérate de lo que ocurra, y no digas nada de este retrato.

María obedeció.

La tía Morella quedó sola, y sus ojos devoraron aquella imágen de una mujer que tanto le había sorprendido.

—¡Es particular!.... refunfuñaba entre dientes: ¡Es ella! ¡Es ella!.... ¡La misma que yo vi retratada en Sevilla!.... ¡La pobre artesana, convertida en rica señora!.... ¡Una mala mujer, que parece una mujer honrada y buena!.... ¿Pero cómo puede ser esto?.... ¿Si vivirá y querrá vengarse de Bernardo?....

Una carcajada del Sabueso interrumpió las cavilaciones de la tía Morella.

Esta escondió precipitadamente el retrato y salió al encuentro del Sabueso que llegaba gritando:

—¡Madrina, madrina, ya estoy aquí!

—¿Y el guindilla?... preguntó la tía Morella con un gesto de inquietud.

—Ya se ha ido, respondió Bernardo, dejándose caer pesadamente sobre una silla.

—¿Para qué te buscaba?

—Para darme cinco duros.

—¡Buena noticia!

—Venía de parte de un señor... ¡Madrina, qué calor hace!...

—¡Ya lo creo! Llevas el horno en el estómago!...

¿Qué señor es ese?

—Un caballero á quien devolví dias pasados... no me acuerdo bien... me parece que era una caja...

El Sabueso sentía en su cabeza todo el peso de la embriaguez.

—¿Y te manda esa propina?

—Sí, señora; es un hombre muy generoso.

—¿Y tú por qué le has devuelto esa caja? ¿Sabías tú que era suya?

—Lo lei en el *Diario de Avisos*... ¡Y yo que habia pensado!... O estoy loco, ó sueño despierto!...

Bernardo hablaba cada vez con más torpeza.

—Lo que tú tienes es la lengua hecha un estropajo, dijo la veterana, y no te vendrá mal dormir un poco.

—¡Quia! no, señora; estoy muy fresco; pero he andado mucho y he subido...

—Corriente, pues descansa mientras yo voy por Margarita, que cuando ya no está aquí es señal de que por despedida la hacen velar en el taller.

—¡Margarita!... murmuró el Sabueso recostándose sobre la mesa. ¡Ya tengo otros cinco duros!... Los gastaré en un hermoso rótulo para su camisería... que en letras doradas dirá *La Flor del Olvido*!...

La tía Morella miró á Bernardo silenciosamente, y á

poco salió en la seguridad de que lo dejaba entregado á un profundo sueño.

Un cuarto de hora despues ocurría un suceso lamentable en la calle del Duque de Alba, esquina á la de los Estudios.

Un lujoso coche doblaba esta esquina en direccion á la primera de dichas calles, á tiempo que pasaba por el mismo sitio una muchacha del pueblo, graciosa y esbelta, como lo suelen ser todas las hijas de Madrid.

El auriga midió con mal tino la distancia que debió tomar, y aunque la muchacha quiso huir con ligereza, el coche la atropelló y la hizo rodar por el suelo.

En el mismo instante, dos hombres que venian por la calle del Duque de Alba se precipitaron sobre los caballos y los detuvieron por las bridas, evitando así la fuga que el cochero se mostraba dispuesto á emprender, mientras que un caballero, que apareció por la calle de los Estudios, voló en socorro de la jóven atropellada.

Entre los hombres que sujetaban los caballos y el auriga entablóse un acalorado diálogo en el que abundaron los denuestos y los insultos, diálogo que desde

CALLE ALEJANDRINA

luego atrajo la atención de los transeúntes, los cuales no tardaron en hacer coro contra el automedonte, á quien desde allí querían conducir á la prevención.

Alrededor de la jóven y del caballero que la socorria comenzó también á reunirse la gente, que en tales casos los espectadores parece que brotan de las piedras de Madrid.

—¡La policía!... ¡Llamad á la policía!... gritaba uno de los hombres que tenían detenido el carruaje.

Y esta voz circuló como un relámpago y fué repetida de boca en boca; pero inútilmente: la policía en 1845, como en 1875, brillaba por su ausencia siempre que era verdaderamente necesario su concurso.

En tanto, el caballero que auxiliaba á la jóven la había reconocido minuciosamente, é incorporándose, dijo:

—Por fortuna, no hay lesión grave; el golpe y el susto de la caída le han hecho perder el sentido, pero esto pasará pronto y conviene recogerla en seguida.

—Aquí estamos á la disposición de Vd., D. Modesto, dijo uno de los curiosos que formaban aquel grupo.

El caballero se volvió hácia él, y reconociéndole á la débil luz del farol de la esquina, exclamó:

—¡Ah! ¿eres tú, Figurin? Me alegro; ayúdame á conducir á Margarita: el bodegon de María no está lejos, y allí la podremos socorrer.

—Aquí estamos unos cuantos camaradas que la llevaremos mejor que si fuera en ese coche.

—Pues manos á la obra.

En efecto, el caballero que había acudido en auxilio de la jóven era el médico D. Modesto Antunez, que pasaba por el lugar del siniestro al volver hácia el centro de Madrid, después de haber concluido su visita á los enfermos de los que se llaman barrios bajos en esta capital; la jóven era ni más ni ménos que la *Flor del Olvido*, la cual venía de su taller é iba al *restaurant* de los traperos á buscar á la tía Morella, y entre los curiosos que la torpeza del cochero había reunido, se encontraban varios traperos, algunos de los cuales se dirigían al bodegon para entregar á María los ochenta y cinco reales y treinta maravedises que cada uno se había obligado á satisfacer para la compra de la camisería.

Como Figurin lo había propuesto, así se hizo: Margarita fué tomada en brazos por él y por otros tres de sus compañeros, y con el mayor cuidado emprendieron la marcha hácia el figon.

Entonces se volvió Antunez á los que aún disputaban con el auriga, y queriendo por una parte cortar aquella escena, que empezaba á amenazar con un desenlace trágico, y por otra tratandó de evitar que el cochero se sustrajese á la responsabilidad que le pudiera caber, se dirigió á éste, y con un tono que no admitía réplica, dijo:

—Cochero, vuelve Vd. el carruaje, y siga á esa jóven que ha atropellado.

—Sí, sí, que la siga, repitieron unos.

—Que pague el daño que le haya causado, añadieron otros.

El cochero iba á protestar de todo cuanto oía, pero en aquel momento y por el lado opuesto al en que Antunez se hallaba, una dama que ocupaba el coche en cuestión bajó el cristal de la ventanilla, asomó su encantadora cabeza y dijo al auriga:

—Andrés, obedezca Vd. la orden de ese caballero.

Andrés, bien contra su voluntad, se dirigió á los que sujetaban los caballos, diciéndoles:

—¡Cuidado, señores! voy á tomar la vuelta para hacer lo que este caballero ha mandado.

La gente se retiró dejando al automedonte el espacio necesario para volver con su vehículo.

Y todos, médico, carruaje y curiosos, siguiendo los pasos del grupo en que iba Margarita, se encaminaron al *restaurant* de los traperos.

Una vez allí, Margarita fué colocada en una habitación inmediata á la que el Sabueso ocupaba, y María llena de sobresalto corrió á ponerse á las órdenes del médico Antunez.

La confusión que reinó en aquella sala por espacio de diez minutos fué indescriptible.

Unos se interesaban por la salud de Margarita y procuraban abrirse paso hasta donde ésta se hallaba asistida por el doctor; otros lanzaban mil improperios sobre los ricos que con sus trenes atropellan á los humildes hijos del pueblo; otros, en fin, acusaban á los conductores de carruajes, cuya brutalidad, decían, era la sola causa de mil accidentes desgraciados; pero todo esto se hablaba á voces, gesticulando, manoteando, amenazando y sin que nadie se pudiera entender.

Tanta era la preocupacion de todas y cada una de las personas que allí habia, que nadie reparó en la presencia de una mujer ricamente vestida y de singular belleza, que confundida con toda aquella gente esperaba el resultado del nuevo reconocimiento que estaba practicando el doctor Antunez.

Esta mujer era la dueña del carruaje que habia atropellado á Margarita.

Bastaba verla para comprender que pertenecía, á lo ménos por su riqueza, á una de las más elevadas clases sociales. Y al atractivo del lujo, que en esta mujer era extremado, reunia otro mucho más superior, el de su hermosura, verdaderamente extraordinaria.

Los momentos me son ahora preciosos, y no tengo tiempo para describir con todos sus detalles esa figura deslumbradora, que mis lectores no conocen todavía; pero unas ligeras indicaciones bastarán á dar idea de su belleza.

La mujer que se ofrece á nuestras miradas es un perfecto tipo meridional: tiene ojos negros, grandes y rasgados; nariz aguileña; labios finos y rojos; tez morena y de una palidez indefinible; cabello como el ébano, que al recogerse en las vueltas del peinado forma mil graciosas ondulaciones; talle esbelto y flexible; manos delicadas, cubiertas con aristocráticos guantes; pié tan pequeño... pero hagamos aquí punto. He dicho que estoy de prisa y no debo retocar más este boceto.

Lo expuesto es suficiente para que comprendais que la dueña del carruaje es una de esas ardientes mujeres

del Mediodía, capaces de trastornar los sesos al más helado hijo del Norte.

La desconocida golpeaba el suelo con su diminuto pié en señal de impaciencia, y recibía indiferente los codazos y empujones de la apiñada multitud que había acudido al bodegón.

Por fin, la voz del médico se dejó oír.

—Señores, pueden Vds. retirarse, dijo el doctor Antunez; Margarita está ilesa; pronto recobrará el sentido, y no conviene que vea aquí tanta gente. Además, esta atmósfera se va cargando demasiado; abran ustedes una ventana, y despejad.

Los que habían callado para escuchar al médico, volvieron á hablar confusamente; renació el vocerío, pero esta vez la mayor parte de las personas allí reunidas se felicitaban por la suerte de la hija de los traperos, disponiéndose á cumplir las órdenes del doctor.

Tanta fué la algazara, que al fin despertó el Sabueso, y no bien se había incorporado perezosamente, cuando llegó á sus oídos el nombre de Margarita, seguido de los plácemes que motivaba su fortuna en el triste lance de aquella noche.

El Sabueso se puso de un salto en la puerta de la sala donde poco antes dormía, y al salir se encontró con la dueña del *restaurant*.

—¡María! ¿qué ocurre?... preguntó el Sabueso sobresaltado.

Y María comenzó á hacerle la relación de cuanto había oído desde la llegada de Margarita.

Mientras tanto los curiosos iban saliendo, y al cabo la dama del carruaje se pudo acercar hácia donde estaba el doctor, que, sorprendido de verla, se dirigió á ella preguntando:

—¿Cómo, Adela!... ¿Vd. en este sitio?

—Hasta aquí es necesario llegar para verle á usted, doctor, contestó la dama envolviendo á Antunez en una mirada fascinadora.

—¿Será Vd. tal vez la dueña del carruaje que ha atropellado á esta niña?

—Yo soy.

—¡Oh! por fortuna no hay desgracia que lamentar.

En aquel momento Margarita comenzó á dar señales de vida; abrió sus hermosos ojos; miró con espanto á cuantos la rodeaban; se pasó las manos por la frente, y exclamó:

—¡Dios mio, qué horrible sueño!... ¿Quién me ha salvado?

—Nuestro doctor, D. Modesto, le contestó Figurin; aquí le tienes, Margarita.

Antunez se volvió hácia la jóven, y ésta clavó en él una mirada, no solo de profunda gratitud, sino de otro sentimiento mal reprimido, que bien pudiera denominar *amor*.

Para la dama del coche no pasó desaperecebida esta mirada.

—Vamos, ánimo, Margarita, dijo Antunez aproximándose á la jóven; lo que acaba de pasar no vale nada; ha sido un gran susto, pero sin la menor consecuencia. Esta señora, y señaló á la desconocida, es la

CAPITULO ALEJANDRINA



dueña del coche que te atropelló, y viene á interesarse por tu salud.

—Gracias, señora, dijo Margarita con acento dulce y tembloroso.

—¡Oh! no las merece mi interés, contestó la desconocida; el doctor dice que la caída no le ha causado á usted daño alguno y yo me alegro de que así sea; pero veo, añadió, que el lodo de la calle ha ajado ese vestido, y... tome Vd., para que pueda comprarse otro.

Al decir estas palabras, con un tono de suprema altivez, la desconocida sacó un rico portamonedas, tomó de él una onza de oro y la echó en la falda de la hija de los traperos.

Margarita sintió que la sangre se agolpaba á sus mejillas; instintivamente se puso de pié, haciendo que la onza rodara por el suelo, y con acento de noble dignidad dijo:

—Mil gracias, señora; yo no debo aceptar ese regalo.

El esfuerzo no duró más; Margarita cayó desplomada en su silla, y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—¡Oh, qué niña tan orgullosa! exclamó la dama del coche.

—¡Un vaso de agua! gritó el doctor Antunez, y dirigiéndose á la desconocida añadió bajando la voz: una palabra de cariño vale, señora, más en ciertas ocasiones que todo el oro del mundo.

—¿Me acompaña Vd., doctor? preguntó la dama desentendiéndose de lo que oía.

—Hasta el carruaje, señora.

Y Antunez ofreció su brazo á la hermosa desconocida y la condujo fuera de la habitacion.

Pero al salir, el Sabueso que acudia con el vaso de agua pedido por el médico, tropezó con la elegante dama, vertió sobre su rico traje el agua que traía, y dió un paso atrás con el espanto más profundo pintado en el semblante.

—¡Torpe! exclamó la desconocida con tono de desprecio, continuando su marcha y sin dignarse fijar su atencion en aquel hombre.

El Sabueso dejó caer el vaso y el plato que tenia en la mano, y con desesperado acento murmuró:

—¡Dios mío!... ¡Es ella!... ¡Es ella!... ¡No me habia equivocado!

CABALLA ALFONSO SINA